

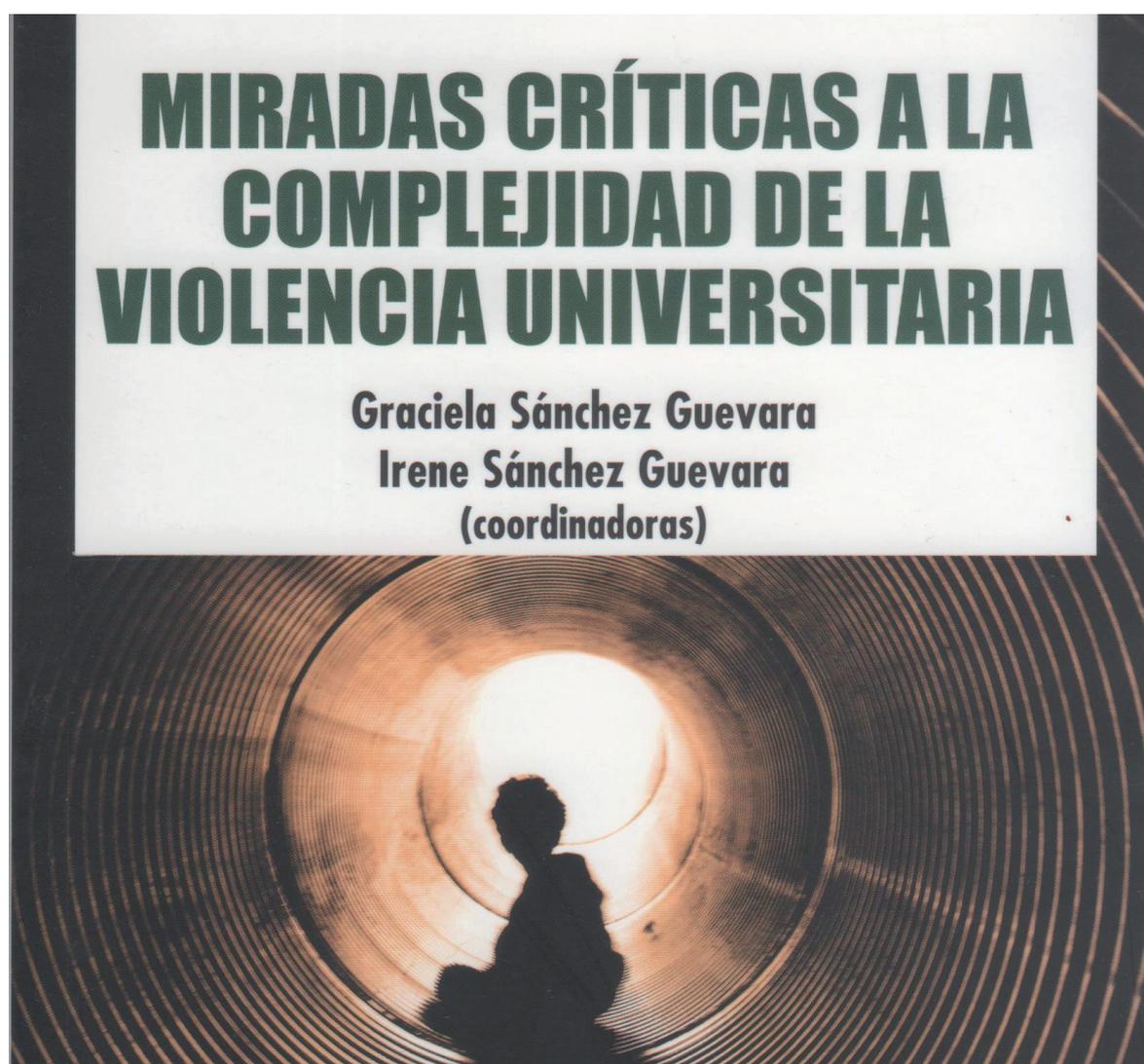
¿Qué pasa con la especie humana?
Miradas críticas a la complejidad de la violencia universitaria

What about the human species?
Looks criticism of the complexity of university violence

MARGARITA ALEGRÍA DE LA COLINA
UAM Azcapotzalco, México
Alegría_margo@yahoo.com.mx

EN RESEÑA DE • A REVIEW OF

Sánchez Guevara, Graciela y Sánchez Guevara, Irene (coords.) (2015) *Miradas críticas a la complejidad de la violencia universitaria*, México, Fontamara/UACM.



Muy oportuno resulta que académicos dedicados a las ciencias sociales se hayan propuesto las reflexiones sobre la violencia incluidas en el libro *Miradas críticas a la complejidad de la violencia universitaria*, coordinado por Irene y Graciela Sánchez Guevara. Oportuno, por tan necesario en un momento en que el mundo sufre violencia, el medio ambiente se ve violentado y en nuestro país, la violencia es el pan de cada día.

La violencia ha existido siempre, no queda más que aceptar que es condición humana, el fotógrafo Sebastião Salgado, quien documentó con su cámara la violencia extrema sufrida por los explotados, los desplazados y las víctimas de los fanatismos en diversas partes del planeta; testigo de guerras, de crímenes de lesa humanidad y de asesinatos masivos, acaba declarando en su documental *La sal de la Tierra*: «El ser humano es el peor animal que ha existido», «no creo en ninguna salvación para la especie humana».

La violencia devasta la Tierra, invade todos los espacios, incluso aquellos que debían ser emblema de conocimiento y cultura como son las universidades, por eso es encomiable que la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, con apoyo del Instituto de Ciencia y Tecnología de la Secretaría de Ciencia Tecnología e Innovación del Distrito Federal, haya logrado la edición de este libro que publicó la editorial Fontamara en su colección Argumentos, con el número 324.

Ya la prologuista de este libro apunta los aciertos en su conformación: el abordaje del tema desde distintas perspectivas, el estar en la vanguardia del pensamiento complejo, y su carácter intra e interinstitucional tanto a nivel nacional como internacional.

Yo quiero recuperar primero dos planteamientos que aparecen en este libro en cuanto a las raíces de la violencia en general y a la que se manifiesta en los espacios universitarios, en particular. El primero aparece en el capítulo «Complejidad de la violencia universitaria en la UACM» de las doctoras Graciela e Irene Sánchez Guevara. En él analizan el surgimiento de la violencia estructurante ejercida por las autoridades del Estado, la simbólica que se inculca en los individuos a través de la lengua que maman, la religión que se practica en el seno familiar y en la que se ven imbuidos desde la infancia, la forma de pensar personal que se va perfilando en contacto con los aparatos ideológicos del Estado como Iglesia, familia, escuela, medios de comunicación, institución jurídica y cultura, y la directa que clasifican a su vez en psicológica, física y sexual. La violencia estructural, señalan, coincide con la malnutrición, la marginación y la fragmentación. Bajo esta mirada, nacemos condenados a la violencia y podemos afirmar que es condición humana.

Las hermanas Sánchez Guevara analizan, a partir de entrevistas a profundidad a una alumna y una profesora, y de testimonios de otros estudiantes en grupos de discusión, la problemática de la violencia en la UACM a partir de la huelga de 101 días que llevó a la renuncia de la rectora Esther Orozco, lo que dejó a la comunidad dividida entre «orozquistas» y «paristas».

Desde el marco teórico metodológico de las autoras de este capítulo, el carácter recursivo, hologramático y fractal de la violencia, a partir de una concepción estructurante que los sujetos reproducen en diferentes campos o condiciones, hará que desde su nacimiento el individuo se profile como sujeto/agente cultural, y que, dependiendo del contexto cultural en que este se desarrolle, se manifieste (y esta es una categoría que acuñan las

hermanas Sánchez Guevara) como «sujeto/agente hologramático, recursivo, dialógico y fractal de la violencia». Es este un artículo que recomiendo ampliamente al lector porque en medio del *cuasi* erudito marco teórico metodológico, de su abordaje desde muy diversas perspectivas, y de su innegable asunción a partir la complejidad y la transdisciplina, se deja leer fluidamente gracias a su excelente estructura y a la claridad expositiva de las autoras.

El segundo planteamiento que de entrada me interesa recuperar es el de Luis Montaña Hirose, quien en su capítulo «Representación y violencia simbólica. Una reflexión acerca de la modernización de las universidades públicas en México», analiza la violencia como un problema complejo que incluye tanto instancias sociales como individuales, grupales y organizacionales. El autor considera la dinámica organizacional como violencia simbólica, como una representación en la que juegan la simulación y el disimulo con el fin de legitimar el modelo económico-político neoliberal (violencia sistémica). Asegura que se trata de un sistema organizacional que posibilita el surgimiento de formas veladas de acción atentatorias para el individuo en la organización (violencia psicológica).

En el contexto del modelo organizacional neoliberal, nos dice Montaña, se traslada la representación de la gran empresa privada al mundo universitario, tal hecho favorece la desinstitucionalización universitaria que propicia el establecimiento de un clima laboral pesado, en el que se degradan significativamente las relaciones de trabajo.

Luis Montaña, quien deja asentado que en el ámbito universitario se ha asumido un modelo organizacional en el cual el indicador cuantitativo de corto plazo ocupa el lugar central de la lógica administrativa, señala que esto ha dado lugar a dos modalidades en el terreno de la transferencia institucional: la nueva gestión pública y el nuevo *managerialismo*. El *sumun* de estas modalidades se implanta en la universidad pública antes criticada por su «falta de disciplina y estructura y por su exceso de burocracia», y se traslada la representación de la empresa privada. Los actores «se libran a una competencia egoísta y oportunista para maximizar sus beneficios individuales mediante el ejercicio de una racionalidad limitada».

A partir de allí se desató una serie de prácticas que los académicos han sufrido y que el autor de este artículo explica y analiza con lucidez. Se ha propiciado la violencia psicológica en las universidades con los efectos también por todos conocidos: competencia individual que tiende a degradar significativamente las relaciones laborales, multiplicidad de obligaciones con la consecuente sobrecarga de trabajo, tendencia a la contratación de profesores temporales, estrés por la falta de tiempo para la realización de las tareas, remuneración baja, y yo diría incierta, porque muchas veces los académicos no están seguros de que la energía y el tiempo les alcancen para conseguir los puntos necesarios.

Este autor menciona además que la función administrativa constituye otro mecanismo de control y que «acomodar los requerimientos académicos a los administrativos genera frecuentemente importantes conflictos entre ambos sectores». La conclusión a la que llega como producto de su análisis es lapidaria: «Entre el disimulo y la simulación, nuestra torre de marfil ha sido violentada y genera violencia».

El panorama del que tomamos conciencia con la lectura de estos dos capítulos respecto a la violencia a la que arribamos al nacer y en la que vivimos inmersos en la universidades, constituye el marco en el que se favorece las otras formas de violencia en estas instituciones educativas, a que hacen referencia los demás autores.

Es así que Gezabel Guzmán en su capítulo «Cuerpos, género y espacio: diversidad y violencia de género en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, plantel Cuauhtepac», luego de analizar las variables en las que inserta su análisis: espacios urbanos, cuerpo e identidad de género, y espacios en el mencionado plantel, presenta el resultado de la investigación que se realizó con once estudiantes que revelan sus historias.

Como producto de este estudio se llega a la conclusión de que en el espacio universitario de Cuauhtepac, sufren violencia psicológica los poseedores de cuerpos que se desacoplan del modelo de género binario, con base en el cual se combinan debidamente el sexo biológico, el deseo, el género y las prácticas eróticas y amoratorias, de acuerdo con una identidad masculina y una femenina.

Se cuestionan, señala el autor, los espacios que deben usar hombres y mujeres con base en los géneros masculino y femenino como los baños; mientras otros se tornan inseguros para quienes tienen distinta orientación sexual. En fin, se fortalece la idea de un cuerpo biológico que determina la identidad por encima del cuerpo simbólico y cultural. Este texto nos hace reflexionar en los dramas que viven en nuestras universidades los jóvenes con preferencias sexuales diferentes.

En el capítulo «La violencia en las universidades: el caso de la Universidad de Granada», en el mismo contexto de pre condicionamiento para la violencia a nivel general y de universidades violentadas por un sistema organizacional de cuño neoliberal, Francisco Jiménez denuncia la violencia simbólica en virtud de la cual en la universidad granadina prevalecen la endogamia en cuanto al ingreso del profesorado, y el amiguismo y el padrinazgo respecto al nombramiento en puestos de alto nivel académico, lo que ejemplifica con el caso de la coordinación de un master.

El autor denuncia que en España la universidad en general «actúa como un enfermo terminal que niega su propia enfermedad», y advierte que «habría que meditar sobre la cantidad de profesores, políticos y demás miembros de la sociedad que todos los días hablan de calidad y excelencia, pero no terminan con unos resultados más apropiados a los tiempos que nos ha tocado vivir».

Recomienda denunciar la violencia universitaria y su forma de corrupción por ser un atentado contra la dignidad humana que no se justifica, y que quien las ejerza debe ser perseguido y castigado penalmente cuando proceda; que las comisiones encargadas de evaluar y seleccionar a los aspirantes a plazas se apeguen a unas reglas del juego claras y que estén a la vista. Acepta que en las universidades españolas (y no solo, diríamos en México), existen recortes presupuestales a todos los niveles, congelación de sueldos, paralización de las plazas, entre otros problemas; pero afirma que se debe ver para adelante a pesar de eso.

El autor concluye que hay que trabajar por una universidad que sea un imperativo del ser humano y no solo responda a intereses personales; sino al deseo de superación, y que

la labor de los docentes debe ser denunciar, armonizar todos las metas, no únicamente aquellas que respondan a lo económico, sino a lo amoroso de los aprendizajes, a lo cognitivo y a la pasión por hacer las cosas. Este, sin duda, es un llamado que también debe convocar a las instituciones de educación superior en México.

«La evanescencia del *mobbing* en las instituciones de educación superior» es un capítulo muy revelador en el que Rocío Fuentes Valdivieso hace ver que la violencia y los acosos sostenidos con base en competencias desleales, no solo entre académicos sino también entre alumnos, están relacionados con dicho fenómeno definido como un tipo de violencia «manifiesta en actos que tienen la intención de generar daño, lastimar no solo física sino emocionalmente con actitudes, gestos, palabras y conductas específicas». La autora sostiene que esta violencia es «evanescente porque se diluye en la cotidianidad y sus consecuencias son reservadas no solo por los involucrados, sino por las mismas instituciones e incluso olvidadas», por tal razón no tiene consecuencias legales; pero sí provoca un daño a veces irreversible a quienes son blanco de ella.

Al ejercer tal práctica, señala Fuentes, se puede recurrir a discursos violentos, gestos o conductas agresivos; pero también se suele utilizar la ambigüedad para vender la imagen de una bondad aparente, provocando el daño al blanco de su violencia de manera discrecional. El *mobbing*, dice Rocío Fuentes, es considerado una de las violencias más íntimas y clandestinas del mundo del trabajo y en las instituciones de educación superior, una de las experiencias más devastadoras que puede sufrir un ser humano, capaz de destruirlo física y psicológicamente. En México y Latinoamérica, nos informa, este fenómeno se traduce como asedio grupal, acoso oral, linchamiento emocional y violencia psicológica en el trabajo.

En este capítulo, luego de la referencia al origen de esta clase de agresiones y a las distintas definiciones del fenómeno, el análisis se centra en su aparición entre docente y docente por cuestiones de género; pero también en otros espacios en los que prevalezca lo que la autora llama «patriarcado local». En el ámbito universitario, se puede manifestar entre docente y grupo, del docente al docente o entre docentes. La autora concluye que «cuando el *mobbing* como fenómeno social deje de ser significado como comportamiento natural y haya sanción por ello, tal vez pierda su carácter evanescente.

Carlos Melendez Pereira y Carmen García Bone escriben sobre la situación de violencia en Venezuela en el capítulo «Juventud, violencia política y universidad: una interpretación de la democracia en Venezuela desde la perspectiva del desarrollo humano», en él se proponen realizar un análisis complejo a partir de la noción holística de una realidad de polarización y violencia política que ha trastocado la institucionalidad nacional, incluso en la universidad donde se reproduce el patrón polarizador. En un ambiente de confrontación entre chavistas y no chavistas, se da una recurrente negación del otro, fenómeno que se agudiza por la crisis económica.

Apuntan que los medios de comunicación también están polarizados: la televisión privada defensora de los intereses de la oposición y la pública, hegemonizada por el gobierno. «No hay una prensa ecuánime», denuncian los autores del capítulo.

Ante una sociedad donde no son posibles el diálogo ni la argumentación como vehículos para la solución de los problemas, en las universidades, denuncian los autores, solo se maneja información mediatizada producto de la misma polarización, por eso, señalan, en 2014 los estudiantes lideraron actos violentos y antidemocráticos que terminaron «en una bestial represión».

Después de reconstruir el contexto venezolano que hoy tiene al país al borde del colapso y que ha instaurado la violencia en todos los espacios, los autores de este capítulo presentan la interpretación de un grupo de jóvenes universitarios que participaron en los hechos de 2014. Vale la pena señalar lo que dicen de esta generación de jóvenes:

[Se trata de] una generación que está más informada, pero que profundiza menos en las clásicas ideologías políticas [...] Es una generación poco interesada en la historia. La literatura a la que acude es aquella que deviene del nuevo secularismo posmoderno que, anclada en una idea romántica del individuo, pone todo el peso de la responsabilidad en nuestras propias acciones. Son ahora nuestros *bestseller* temas que anulan lo colectivo frente a lo individual.

Sin embargo, los autores reconocen que son jóvenes que siguen protestando porque recuerdan las acciones violentas de 2014 cuando varios de sus amigos fallecieron y otros fueron apresados; no obstante, se preguntan: *¿qué hay detrás de su discurso? ¿qué aprenden en la universidad sobre esos temas políticos?*

Descubren que la lucha no es de opositores contra chavistas; sino del pueblo contra un gobierno ineficiente que no les garantiza seguridad ni abasto de lo necesario para sobrevivir. Son, en su mayoría, jóvenes de clase media que quieren que se les garantice el bienestar. Buscan, concluyen los autores, una democracia que sirva de garantía al logro individual y, al vivir en un país polarizado, sin posibilidades de diálogo, caldo de cultivo para la violencia, creen que el otro es su enemigo potencial.

Al tratarse de jóvenes con escasa formación política, los autores responsabilizan de su desubicación a una universidad que desde 1990 dio un giro hacia la visión de mercado como fuente y reproducción del bienestar, como ya lo señalaba Montaña, y dejó de lado la formación de la conciencia social.

Por su parte, Cristina Gómez Moragas en el capítulo «Formas de violencia posmoderna» se propone analizar tal tipo de violencia «a partir de relacionar factores y procesos económicos, políticos y simbólicos en tanto distinciones analíticas de un mismo proceso interpretativo» a través de fuerzas no necesariamente visibles, pero determinantes de la violencia porque regulan la actividad social.

Es un texto que no tiene desperdicio, con una fortaleza teórica imposible de aprehender en solo un comentario; pero que, me parece, la autora recupera en el alegato central de Etienne Balibar: «Su argumento gira en torno a la idea de que no hay ideología que no sea violenta, que no implique ideales e idealizaciones, por tanto, todo acto político debe ser evaluado en sus posibles efectos».

Uno de estos efectos, dice Cristina Gómez, es lo que Balibar llama crueldad, que se manifiesta en la exclusión de los pobres en las sociedades posindustriales, y en la producción del hombre desechable.

La autora hace un recorrido por los distintos tipos de violencia en diversos momentos de la historia socioeconómica, desde la acumulación originaria del capital hasta la crisis del petróleo, el estado de bienestar y la llegada de la revolución tecnológica. Como resultado del mismo plantea la existencia de una violencia sistémica generadora de la social, y de la simbólica enfocada desde el psicoanálisis y la sociología. Finalmente, llega a la conclusión de que todos estos tipos de violencia victiman al sujeto atrapándolo en una red compleja.

En este camino, mientras unos han acumulado capital, y fueron generadas políticas restrictivas en materia social, los trabajadores perdieron los derechos conquistados con el movimiento obrero, se generalizó la inestabilidad institucional, las tasas de desempleo se elevaron, las viejas industrias fueron expulsadas a la periferia, al tiempo que las nuevas, monopólicas, se crearon en los países del centro; y se favoreció la economía especulativa y financiera gracias a las nuevas tecnologías. Así es cómo el capitalismo, concluye la autora, ejerce la violencia sistémica.

Es elogiable la sencilla fluidez con que Cristina Gómez expone y entreteje teorías que podrían resultar muy densas, para referirse a una violencia posmoderna cuyas formas, concluye: «deben ser explicadas a partir de fuerzas globalizadas que trascienden las fronteras nacionales mediante las organizaciones multilaterales y transnacionales».

El libro cierra con el capítulo «Los imaginarios del riesgo en los espacios públicos. Herramientas teórico conceptuales para pensar las prácticas sociales violentas» en el cual Leticia Cufre y Emiliano Duering, a partir del análisis de un texto que hizo llegar por correo electrónico Alfonso Padrés (presidente del Colegio de Arquitectos de Tijuana) al diario *Palco Prensa*, con el título «El lado positivo de los días de violencia», comentan y analizan los 14 puntos favorables que Padrés identifica como resultado de la guerra que se desató contra el narcotráfico, todos enmarcados en el contexto de la moral cristiana, en cuanto a la vida en familia a la manera tradicional, a la sana convivencia, a la honradez, al trabajo como una bendición a agradecer, incluidos los empleadores; en fin, enumera los milagros por los que se debe ir a dar gracias a las iglesias.

Los autores hacen un análisis discursivo del texto en cuestión que, dicen, pretende tranquilizar mediante una nostálgica rememoración del paraíso perdido: «las buenas costumbres», «las buenas familias», «el buen hacer», se sugiere, dicen, que para llegar a ese paraíso solo es necesario un pequeño salto atrás en costumbres y en derechos civiles, sobre todo los que tienen que ver con la lucha contra la ideología patriarcal «tan cargada de violencia simbólica».

Por otro lado, Cufre y Duering señalan que en el subtexto opera una proposición causal que diseña el campo de los buenos, que están adentro del hogar y los malos que se encuentran fuera de él. La conseja es, apuntan: si las personas «hacen lo que se debe» y «están donde se debe», nada les ocurrirá.

«Se borra la historia y se da visos de racionalidad a la creencia generalizada de que para comprender el incremento de la violencia basta con analizar el presente, en el que se encuentran los únicos responsables: los traficantes de drogas», dicen los autores; por lo que para tratar de modificar esta realidad, infieren a partir del texto de Padrés, no es necesario cuestionar el poder, ni la corrupción, ni la impunidad, ni la democracia actual.

La idea de que la violencia se aprende en la calle coexiste con la de que hay posibilidad de contagio en contacto con personas agresivas. Los autores apuntan que la más importante ruptura con la cotidianidad se da cuando los vínculos interpersonales se deterioran por la sospecha de que cualquiera puede ser enemigo mortal, lo que provoca sentimientos de inseguridad, e indefensión, eventualmente acompañados por miedos poco discriminados.

Comentan asimismo que el texto de Padrés sugiere que se disfruta el permanecer en casa y el aparentar una situación económica modesta, lo que lleva implícita la alusión de la posibilidad de ser secuestrado, o de tener que pagar seguridad. Concluyen que en este texto se encuentran, figuradas por un hombre público (Padrés es también Director General del Centro de Operaciones de la Secretaría de Transportes en Baja California), representaciones imaginarias sociales tendientes a la banalización del sufrimiento humano que en todos los casos justifican la impunidad.

A partir del análisis del texto mencionado, Cufre y Duering sostienen que cualquier escalada de violencia social trae aparejada la presencia de los aparatos represivos del Estado, y plantean que cuando se relaciona la violencia social con los espacios públicos e interviene la producción de imaginarios sociales, esta se naturaliza y hasta se promueve.

Por su gran aportación teórica, por los detallados e interesantes análisis que realizan todos y cada uno de los autores, porque indudablemente mueven al lector a la reflexión, es este un libro muy recomendable. Merecen una felicitación todos los colaboradores; sobre todo las coordinadoras cuyo trabajo seguramente no fue fácil; pero, sin duda, se ha visto retribuido con el resultado.